

oir y ver creía
temblar la tierra y suspirar el viento...
¡Yo vi también, cuando murió la mía,
á las piedras llorar de sentimiento!

CANTO CUARTO

JUAN LANAS

I

Marchaba hacia Madrid, y á Juan, rendido,
después de andar hambriento un día entero,
cuando se iba á caer desfallecido
le da un melocotón un pordiosero,
y con esto ya el hambre con sus iras
la intrepidez estomacal no abate
del que fué hasta Madrid, desde Algeciras,
con un pan, dos arenques y un tomate.
Y, después de comerse al otro día
un trozo de jamón que suelta un gato
que persigue el mastín de una alquería,
en vez de dos, muy malos que tenía,
triunfante entra en Madrid con un zapato;
y al ver una plazuela
que, siendo occidental, llaman de Oriente,
se sienta á descansar tranquilamente
sobre un banco que el moho aterciopela.
Era una noche de verano, y viendo
que la gente afanada, discurría
cual si anduviese huyendo
de la lluvia menuda que caía,
oyó hablar—«de cuartel»—«de infantería»—
«de motín»—«de sargentos»—y, temiendo
por el doctor su hermano y por María,
se fué á buscarlos de ternura lleno,
que aunque celoso, de rencor ajeno,
recordó que su madre le decía:
—Que seas bueno, Juan, que seas bueno;—
y, su estancia por Pedro autorizada,
en casa de su amada,
muy cerca de la cuadra, y junto al coche,
como en los tiempos de su edad pasada,
Juan durmió aquella noche
sobre un lecho de hierba embalsamada.

II

¿Qué pasaba en la corte? Al fin de un día
de un triste mes de junio, se sentía
una paz sepulcral que daba miedo.
Madrid aquella noche parecía
una ciudad más muerta que Toledo.
No dejó desterrada
la maldita ambición del mundo entero,
cuando el César Severo
—Yo he sido todo,—dijo,—y todo es nada,—
pues todos luchan ya por ser mejores:
los pobres por ser ricos;
los ricos por ser reyes ó señores;
por ser grandes los chicos;
los reyes por llegar á emperadores;
y por esta razón se combatía
al Duque de Tetuán que presidía
un paternal Gobierno;
y aunque nada se oía,
aquel silencio, al despuntar el día,
se convirtió en el ruido de un infierno;
pues al rumor de balas y sablazos,
de gritos de furor, de cañonazos,
se une el himno de Riego,
ese vino español alcoholizado
que embriaga y acalora como el fuego,
y que, en calles y plazas derramado,
las almas apasiona,
y hace que sea el aire electrizado
un héroe macedón cada soldado,
cada casa una puerta de Gerona.
¡Luchando aquí á traición, allí con gloria,
á degollar se lanza
más bien que el patriotismo la venganza,
pues, si es fiel mi memoria,
no igualan á aquel día de matanza
las más grandes tragedias de la historia:
y no habrá tanta sangre y tanto arrojo
en la hora en que, aleve,
alzando por señal el pendón rojo
traiga á este mundo el general despojo
la negra pascua de la hambrienta plebe!

III

¿Quién vencerá? La buena estrella. ¡Es loco
el que cree en los prodigios de la espada,

pues si una gran virtud estriba en poco,
 la heroicidad mayor pende de nada:
 por eso siempre en los azares funda
 sus triunfos en la guerra
 la gran casualidad, madre fecunda
 de todos los sucesos de la tierra!
 Y ¿qué importa á los pueblos ofuscados
 en lo real, ni el honor ni la victoria,
 si, ilusos ó engañados,
 con falsedad notoria
 van llenando los templos de la gloria
 con héroes por los necios fabricados;
 y en lo ideal, turbada su memoria,
 cuando están por el cielo arrinconados,
 con pedazos de dioses destrozados
 terraplenan los huecos de la historia?
 ¡Mas dejad que el que todo lo gobierna
 permita de la guerra el don funesto
 que al corazón y á la virtud consterna!...
 ¡Ya acabará todo esto
 cuando dé al mundo Dios la paz eterna!

IV

Y volviendo al horror de la jornada,
 motín y rebelión á un tiempo mismo,
 la soldadesca armada
 de la plebe inocente y confiada
 inflama hasta la rabia el patriotismo.
 ¡Oh, Libertad querida!
 Por ti, ciegos, en lucha fratricida
 se matan sin clemencia
 héroes sin nombre que la historia olvida,
 y al fin será menor tanta demencia
 si creen en su conciencia
 que, epílogo la muerte de la vida,
 es prólogo á su vez de otra existencia!
 ¡Oh, Igualdad imposible! ¡En vano, en vano,
 el freno sacudiendo de las leyes,
 un día, por envidia hacia los reyes,
 el pueblo hace de rey puñal en mano;
 pues ni espadas, ni sables, ni puñales,
 nos han de hacer en condición iguales,
 y, pese á su patriótica constancia,
 jamás podrán romper los liberales
 la eterna esclavitud de la ignorancia!

V

Pido á Dios en mis grandes devaneos,
 de mi madre en memoria,
 que el cielo al ambicioso le dé gloria
 y á Juan y á mí templanza en los deseos.
 A Juan, de quien ya he dicho y repetido
 que en tanto que en su casa, aunque querido,
 como un esclavo el infeliz vivía,
 su hermano Pedro ha sido
 criado de tal modo, que creía
 que el pan lo da la tierra ya cocido,
 y por eso, en sus gustos consentido,
 solía presumir de tal manera
 que por ser aplaudido
 pondría fuego al mar, si el mar ardiera.
 Y aquel día, ambicioso sin cautela,
 supuso estar febril de patriotismo,
 y hasta se hizo orador de callejuela
 y habló de honor, de patria y de heroísmo,
 Mas próximo el motín á ser vencido,
 fingiendo estar contuso, estando ileso,
 fué Pedro conducido
 á un hospital en calidad de preso;
 y al verse recibido
 por su amigo querido
 un médico castrense, calvo y grueso,
 que llevaba en el frac cinco ó seis placas,
 con un bordado de oro tan espeso
 que con sólo el exceso
 se podrían bordar veinte casacas,
 Pedro, de astucia lleno,
 dijo al castrense con fingida calma:
 —Yo sé que Juan, mi hermano, que es tan bueno,
 se pondrá en mi lugar con vida y alma.—
 Y al verle ya sin ganas
 de aspirar al honor de ser guerrero,
 á Pedro preguntó su compañero:
 —¿Tan bueno es ese Juan?— Es un *Juan Lanas*,—
 Pedro responde. Y sin perder momento,
 se llama á Juan, el que acudió contento;
 porque esto es lo que pasa:
 hombre ó mujer, el bueno de la casa
 siempre es la cenicienta ó ceniciento;
 y dócil por costumbre,
 obedeció sin despegar los labios;
 ¡funesta mansedumbre
 por la que suelen condenar los sabios
 la bondad á una eterna servidumbre!

VI

Poniendo á Juan, por fin, en vez del preso,
 el médico castrense calvo y grueso,
 el porvenir trocó de los dos hombres
 después de sobornar á un centinela.
 Estos cambios de cosas y de nombres
 siempre harán de la historia una novela.
 En tanto que falaz de aquella suerte
 el médico ex guerrero
 á fuerza de matar temió á la muerte,
 Juan, no temiendo nada,
 ponía en su mirada
 más bondad que en los ojos de un cordero;
 y al mirar que su hermano se alejaba
 con un traje de noble advenedizo
 y aquel aire enfermizo
 que tenían los muertos que mataba,
 creyendo ver en él la imagen santa
 de su infancia querida,
 hacia sus ojos se agolpó la vida
 y se anudó el dolor en su garganta.

VII

Mas Pedro, que era un hombre abominable,
 de tal hipocresía,
 que el fin de sus acciones consistía
 en no dejarse ahorcar ni aun siendo ahorcable,
 poniendo á Juan en su lugar, y haciendo
 á la verdad agravio,
 de su castigo se excusó ejerciendo
 la explotación del bueno por el sabio.
 Y al verse libre, de imperial manera
 con mirada altanera
 honró á los practicantes
 sin ver á Juan siquiera,
 que es, á pesar del inmortal Cervantes,
 la fuerza de la sangre una quimera,
 y se alejó en seguida,
 siempre orgulloso de su buena suerte,
 como un enterrador que en plena vida
 no respira más que hálitos de muerte.

VIII

Y cuando Pedro disfrazado huía,
 y azorado veía
 los muertos por la calle amontonados,

renunció á la ambición desde aquel día,
 y con fe volteriana repetía
 «que es muy bueno el laurel en los guisados»;
 y su alma, desde entonces espantada,
 jamás volvió á pensar en rebeliones;
 que en muchas ocasiones
 nuestra vida, maestra consumada,
 prueba con sus lecciones
 que enseña más moral una estocada
 que Fray Luis y Bossuet con sus sermones.

IX

Mientras llega el momento
 en que, juzgado Juan, vea contento
 que, en lugar de su hermano sentenciado,
 ó sólo va á presidio, ó es fusilado,
 diré que en la batalla dió la suerte
 la razón al más fuerte,
 pues, aunque ya decía Saladino
 que no calla la sangre que se vierte,
 como un torpe dramático el destino
 lo suele arreglar todo con la muerte.
 Y así tras largas horas de agonía,
 con tanta destrucción y tanto muerto,
 haciendo de Madrid en aquel día
 una gran catacumba á cielo abierto,
 puso al motín remate
 O'Donnell, que sabía
 que entre todas las armas de combate
 protege siempre Dios la artillería;
 y altivo, fiero, y por valor sañudo,
 con el cañón ensangrentó la tierra,
 porque era la divisa de su escudo:
 «Paz en la paz, pero en la guerra, guerra.»

X

Tal fué el gran duque de Tetuán primero,
 quien, cortés, valeroso y caballero,
 las serpientes ahogó de la anarquía,
 amó la libertad como Espartaco,
 y en santa unión para formarle un día
 dió su cuerpo Escipión, y su alma Graco.

XI

Como es caso olvidado por sabido
que no hay enterrador como el olvido,
midiendo á todos por igual la suerte,
se durmió el vencedor con el vencido
en el común regazo de la muerte:
y el hecho aquel, cuyo recuerdo aterra,
acabó como acaba toda guerra,
que se entierra al final, ó no se entierra
en lugar del amigo al adversario;
trabajo innecesario,
pues de todas maneras, en la tierra
lo que no es cementerio es un osario.

XII

La gloria y la ambición no tienen cura:
y el que haya un vencedor frente á un vencido
excluye de la tierra la ventura:
pues ¿qué es nuestra ambición? Una locura;
y nuestra gloria ¿qué es? Ruido y más ruido.
Siempre es menor del alma la grandeza
que la miseria en que se ve abismada;
porque, ¿en qué acaba todo? En la tristeza;
pero ¿y después de la tristeza? ¡En nada!

CANTO QUINTO

EL BUEN JUAN

I

Después del día en que terriblemente,
por la espalda una vez, y otras de frente,
se mataron los hombres á millares,
la lluvia indiferente
fué llevando la sangre al Manzanares,
y el río se fué al mar por la pendiente;
y antes de la llegada
del silencio que sigue á todo ruido,
y después de aplicada
la moral vencedora «¡ay del vencido!»
acabó nuestro Juan en presidiario;
pues el hado enemigo,
llevándolo hasta el fin de su calvario,

lo hizo mandar á Ceuta por castigo
al primer batallón disciplinario;
y es fama que su fama de asesino
por su hermano arrostró noble y sereno;
pues cuando un blanco, como Juan, es bueno,
ese blanco es un negro del destino.

II

Había en Ceuta una fatal Roseta
que, adiestrada de amor por un tal Nelo,
en el cuartel del Fijo echó discreta
la caña de pescar de sus encantos,
siendo Juan el primero que, entre tantos,
picó como un mal pez en el anzuelo.
Juan, con el alma inquieta,
engañado tal vez por su deseo,
creyendo que Roseta,
hermosa valenciana con *seseo*,
se parecía un poco
á su novia María,
con honda idolatría
la adoró como un ciego y como un loco,
y ella, hasta el fin artera,
por Juan idolatrada,
se empeñó en olvidar que era casada
y se dejó obsequiar como soltera.
Valenciana notable
por el subido azul de sus ojeras,
tiene un alma irascible y entrañable
que sabe amar y odiar como las fieras.
Roseta, que servía
á un criado de un duque de Gandía,
aunque huertana y gruesa, era tan bella
que no se hallaba en Cádiz ni en el Puerto
una mujer más andaluza que ella
por la sal que vertía;
y si alguno dudase de mi aserto,
que suba al cielo, y le dirá si es cierto
el sol, que es natural de Andalucía.

III

Era Nelo un gentil aventurero
que con el alma para el mal nacida,
fué el que á Roseta administró el primero
el bautismo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,